



Para que una mujer se dedique a la creación (...) necesita quinientas libras anuales y una habitación propia. Virginia Woolf

Capítulo - email 4

un nombre también es un lugar -cuarto de juegos-

*L*evantarse cada día. Siempre me he preguntado que significará esto para la gente con nombre. Para mí, despertar es ya un regalo, tienes que esperar unos minutos sobre la cama y que vaya conformándose la piel como un holograma, confiando en que mano y pie estén en su sitio. A veces un tobillo dolorido como pegado a la sábana, el cuello que tarda en salir sufriendo la duda de que tal vez la cabeza quede hoy pegada al tronco y tú más cheposa que otros días. Es así, que las personas sin nombre nos despertamos más borrosas y deformes que la gente como usted. Mientras duermes es como si el cuerpo quisiera adoptar formas distintas y le aseguro que no siempre es agradable. Por eso despertar es ya un regalo: ponerte de pie y encontrar un afuera, un cuarto con ventana, un cielo despejado, a veces una lluvia fina y nubes que son un zapato gigante, una cabeza de elefante, jugar en la calle y en aquella habitación con ventana y repleta de cosas con y sin nombre.

Porque creo yo que un cuarto no siempre es un cuarto. A veces un cuarto es una sala de montaje, una nave espacial, una cueva, una máquina o, si me apuran, un ser sin nombre. Yo sentía que esa habitación formaba parte de la identidad con la que yo me identificaba entonces. Ser muchas cosas, eso podía ser mi cuarto de juegos. Si todas las habitaciones en la casa tenían su función: comedor, dormitorio, cocina, baño, por poner unos ejemplos, ese cuarto podía ser nombrado de distintas maneras, sin contar en lo que podía convertirse al jugar, incluso cuando fui heredando los ya viejos y cascados ordenadores, los cómics y libros de mis hermanos. Ahora pienso que si el límite de un nombre no fuera una palabra, creo que debiera alcanzar a integrar mi tiempo en ese cuarto de juego.

Pasó por aquel tiempo que, como mis hermanos también crecían y convirtieron sus habitaciones en espacios de estudio y yo compartía habitación con Eburne que, privilegios de tener nombre, se quedó con nuestro dormitorio, llegó un día en que me trasladaron a esa habitación-trastero-cuarto de juegos-garaje-taller y pusieron allí mi cama. No pudieron darme mejor noticia, a no ser porque al poco de mudarme allí, también vino a casa una señora mayor con rostro entre mustio y enfadado a la que llamábamos abuela, y que pasaba las tardes enteras sentada en silencio en esta habitación junto a la ventana. Lo cierto es que al igual que a mí, tampoco a ella la llamaban demasiado. La excusa que daba el resto de la familia es que era muy mayor para hacer cosas físicas y demasiado impertinente para implicarla en las conversaciones.

No negaré que conmigo tenía una actitud antipática y las primeras tardes me miraba con repelús. Insistía en no entender porque esa niña borrosa que era yo, no tenía nombre, que de alguna manera tenían que llamarme, que yo no podía ser como esos gatos a los que se les deja entrar y salir y no se les pone nombre porque no están del todo domesticados. Y ¿puede creerlo?, no dejaba que me acercara a ella. Incluso sacaba su pañuelo para limpiar cada cosa que yo le daba, temiendo que no tener nombre conllevara algún tipo de contagio patógeno que acelerara su decrepitud, o que alcanzaría a difuminar sus frágiles límites, como pasaba con los míos, aunque en cada caso por distintas razones.

Los primeros días sentía que había arruinado mis planes en ese cuarto y que debía dar por perdidas las horas en las que compartíamos la habitación. No fue fácil acostumbrarme a su presencia, a ese olor rancio y triste que quería evitar –sin éxito– no moviéndose, tan callada y seria siempre, tan imperceptible salvo por su silueta recortada a contraluz entre la ventana y la esquina donde le pusieron su butaca; siempre mirando hacia la luz, como si esperara que algo le permitiera escapar y salir volando.

Varias semanas tardó en comprobar que lo mío no era contagioso. Y comenzó entonces a mirarme con otros ojos. Ya no ponía esa cara que se pone ante un plato de judías blancas si no te gustan las judías blancas. Supongo que comprobó que algo más allá del vínculo de sangre nos unía. A mí no me llamaban por no tener nombre y a ella, que tenía nombre, nadie la llamaba. De manera que ambas vivíamos sin apenas interactuar en dos rincones de esa habitación: yo leyendo o frente a mi pantalla de ordenador y ella mirando una ventana que daba al patio y el patio a la montaña.

He de decir que en el tiempo compartido llegué a descubrir cosas que me fascinaron de ella. Que se negaba a pisar la cocina era una de ellas, porque afirmaba que ese es un lugar donde muchas mujeres entran y del que después no salen y ya lo hizo demasiadas veces durante demasiado tiempo y cuando pensó que podía no hacerlo, a nadie se le ocurrió darle las gracias por el trabajo dedicado. Igual, se negaba a colaborar en las cosas de casa, no porque se sintiera incapaz de hacerlo por su edad, sino por firme convencimiento de que esa era una trampa y ella la había descubierto muy tarde.

A la abuela no le gustaba pasear ni tampoco leer, pues apenas sabía hacerlo. A

la abuela en los últimos años hasta venir a nuestra casa, sólo le habían gustado los juegos de cartas que compartía con su marido, ese señor que no conocí porque vivía lejos y murió pronto.

Grande, inolvidable, fue el día en que mi abuela sacó de su bolsillo una baraja de cartas de sonido añejo y comenzó a barajarlas con habilidad de crupier. Aquello cambió el rumbo de las cosas en esa habitación partida en dos y, desde entonces, refundada como un espacio compartido. Las mantuvo en sus manos durante unos minutos, moviéndolas con una destreza impropia de una anciana. Inmediatamente visualice la increíble potencia de aquellos dedos viejos y alargados tecleando código y lamenté que no se animara. No sé si fue por su gesto o por la sorpresa que me causó aquel cambio de actitud, el caso es que no tardé en acercarle una pequeña mesa camilla a su butaca y unirme al juego.

Muchas personas creerán que un juego no puede sustituir una conversación, pero las cartas fueron un código entre mi abuela no nombrada y yo sin nombre. Las cartas encerraban números, combinaciones y cadenas de posibilidades. Y no lo aprendí en un día, ni mucho menos ganando. Mi abuela me ganaba sin compasión y tardé en mirar a aquella tahúr de igual a igual. Cuando logré hacerlo el mundo se llenó de preguntas sobre el azar y las matemáticas. De hecho, si en este momento hubiera podido ponerme un nombre, me habría puesto un número, o tal vez el nombre de algún juego: “escobadequince”, “escaleradecolor” o “fullhouse”.

¿Un nombre? Con la distancia de los años aún sigo preguntándome dónde termina y dónde empieza un nombre. Sobre esto, con la radicalidad que dan los años, la abuela sentenciaba que no tener nombre es algo malo, pero que es peor tenerlo y no ser nombrada o ser confundida con un nombre genérico, con un arquetipo. Decía que a las personas que no son nombradas les invade una progresiva sensación de miembro fantasma, como un movimiento de ida sin vuelta, donde temen estar perdiendo algo humano que les impide ser ellas mismas. Como si les faltara un tapón que contuviera el interior más vulnerable, y fueran goteando su día a día, poniendo en riesgo su cuerpo contenido y delimitado.

Para mí, no tener nombre no suponía ninguna sensación de miembro fantasma ni de esa invisibilidad a la que aludía mi abuela, lo mío era como un

estar en proceso, en cambio, un ser borroso... y de afectarme algún tipo de invisibilidad era más esa invisibilidad que dan los decorados respecto a los bastidores donde se ultiman los detalles de una obra. Yo sentía que me estaba construyendo un nombre aunque mi nombre fuera entonces un conjunto de cosas, tiempo y lugares y no una palabra. Sin embargo, me preocupaba lo que decía mi abuela. Por eso yo la nombraba constantemente y jugaba a cada rato con ella y la nombraba porque quería detener esa fuga de sí misma de la que me hablaba. Y jugaba y a cada rato la nombraba y la nombraba.

Creo que durante el tiempo de juego compartido en algo se pudo contrarrestar la fuga de parte de sí misma. Pero ya venía con grandes pérdidas. Y un día sin sol en el que creí fundirme con las paredes de mi cuarto y con la montaña enmarcada en la ventana, en uno de esos escapes debió irse algo importante para seguir siendo ella misma y nos dejó.

En aquel cuarto pensé durante mucho tiempo después de su muerte, cuánta responsabilidad tienen los que te ponen un nombre, los que se inventan los nombres, los que viven con esos nombres, los que (no) nos nombran y uno mismo. Con seguridad quienes no tenemos nombre evitamos en parte este sufrimiento a costa de no poder ser nombrados. Porque ser parcialmente dueños de esa palabra que sólo tiene sentido si es dicha, y que nadie lo haga es como un fallo del sistema, como una pérdida progresiva de conciencia que, levemente, se va apagando. Sé que no alcanzaré a describirle con exactitud lo que sentí, pero desde que mi abuela se fue, me pregunto si, además de ser nombrado, no habría otras maneras de existir para los otros, de forma que la gente no quiera irse y puedan seguir jugando a las cartas o conversando con las personas que quieren. Creo que ahí también habita la responsabilidad de un nombre, en que algo de esa persona a la que nombras debe importarte, una suerte de afecto que evidencie que esa persona y lo que esa persona significa, esa vida, la vida, te importa.